

JORNADA RAMA FAMILIAS - IQUIQUE 2003
CLAVES DE UN MATRIMONIO PLENAMENTE FELIZ

P. Rafael Fernández

Cuándo ustedes se casaron, eran felices y querían serlo para toda la vida. Si hubieran pensado que su matrimonio no sería un camino de felicidad, pienso que ninguno se habría casado. Nosotros nacimos para ser felices; no nacimos para ser aproblemados, para estar agobiados, para la tristeza. Y la pregunta que, después de muchos años de matrimonio, se hace la mayoría de las personas es: ¿Es posible ser felices? ¿Es posible tener una vida sponsal, matrimonial, familiar, feliz? Uno ve que en muchos matrimonios no reina la felicidad. Eso que se inició con muchos anhelos, con mucha esperanza, muchas veces termina en un fracaso, en una ruptura, en una separación, en un divorcio.

Actualmente, los matrimonios se casan hasta el momento en que dure esa felicidad. Porque más o menos se calcula que se terminará. En torno a esta ley del divorcio vincular, alguien me envió una carta; era la carta de un papá a un hijo que todavía no había nacido, pero que estaba en camino. Y este papá le decía a su hijo que aún no nacía más o menos lo siguiente: "Nos alegramos que tú vengas; te ofrecemos nuestro hogar. Pero desgraciadamente no podemos asegurarte que ese hogar será para siempre. ¿Por qué? Porque tal vez nosotros no siempre vamos a seguir juntos... En todo caso, te deseamos que seas muy feliz; que te abras caminos, que en el futuro, encuentres la felicidad. Pero, seguramente, nosotros estaremos en otro lado... pero te deseamos lo mejor..."

Este es el ambiente que existe en torno a un matrimonio que no tiene asegurada la felicidad, que mira a su alrededor y ve cómo muchos matrimonios han perdido la alegría de ser un matrimonio feliz; que el matrimonio se ha transformado en una especie de pesadilla, en una carga; en el cual también los hijos son una carga. En la concepción popular, cuando una persona se casa se dice que esa persona "se amarró", es decir, que perdió la libertad, que "su vida ya se liquidó"... Muchas veces sucede algo así y los hijos pasan a ser una carga, incluso legalmente, en las tramitaciones de imposiciones, etc., se les llama "carga".

En este contexto, a nosotros se nos plantea una pregunta muy importante: ¿Somos capaces nosotros de mantener un matrimonio feliz, para siempre? ¿Somos capaces de tener un matrimonio pleno, con deseos de estar siempre juntos, en familia? ¿O sentimos nuestro

matrimonio como un tedio, como una pesadilla y cuya única solución es la separación para poder vivir y volver a rehacer la vida, porque la vida ya se destruyó, ya se perdió? ¿Es posible ser verdaderamente felices como esposos?

Se dice, y con mucho acierto, que los matrimonios que se separan no es porque hayan tenido menos problemas que aquéllos que no se separan. Si miramos las estadísticas, no damos cuenta que los matrimonios que no se separan también tienen conflictos. En general, la vida no es fácil para todos. La vida tiene problemas; existir en la tierra, luchar no es algo fácil. ¿Cómo mantenemos nosotros nuestra vida matrimonial como una vida plena? ¿Qué nos asegura la felicidad? ¿Cuáles son las claves de un matrimonio feliz?

Nombramos sólo algunas cosas.

Claves de un matrimonio feliz

1. Reencantamiento constante

La clave central, me parece, de un matrimonio feliz es que en ese matrimonio exista un *reencantamiento* constante del amor, de la vida matrimonial. Ser esposos que mantengan vivo aquello que le dio origen a su matrimonio.

¿Por qué se casaron ustedes? Porque hubo un encantamiento, un embrujo, un enamoramiento. Por eso se casaron, si no hubieran recibido esa nueva vida, esa vitalidad, ese descubrir una persona que les cautivó el corazón, ese alguien que los encantó. Y tanto que quisieron estar con esa persona para siempre. Si ese encantamiento no se hubiese dado, tal vez esa persona habría sido sólo alguien simpático, para conversar un rato, para hacer algún panorama, etc., pero no para vivir siempre con ella. En esa persona hubo algo mucho más fuerte, más atrayente, y para nosotros, ese alguien pasó a ser una persona encantadora, a pesar de que para los otros hubiera sido una persona más. Pero para ustedes esa persona pasó a ser única; alguien que les cautivó el corazón.

¿Qué pasa hoy con esa persona? ¿Con el correr de los años, todavía esa persona nos cautiva? ¿O quizás la vida, poco a poco, ha ido empañando esa imagen, ese encantamiento se fue desvaneciendo y esa persona, en definitiva, nos empezó a decepcionar? Aquella persona que tanto significó para nosotros, que nos llenaba toda la vida, toda la

imaginación, toda la creatividad, de repente dejó de ser alguien especial. Vimos sus limitaciones, sus debilidades y nos dejó de encantar. Esto les pasa a la mayoría de los matrimonios.

¿Qué otra cosa sucede normalmente? Al comienzo, teníamos algo muy especial; hacíamos un esfuerzo, no de la voluntad, sino que nos brotaba del corazón, naturalmente, para conquistar a esa persona que nos encantaba. Piensen ustedes qué les pasaba; se arreglaban horas enteras porque tendrían un encuentro con alguien especial; se daban el tiempo, buscaban formas de encuentro, para agradar, para hacer sentir bien a esa persona. Había todo un afán de conquista de esa persona. Sin ese afán de conquista, quizás no habría pasado nada. Hay personas que a uno pueden llamarle la atención, pero si uno no se dispone a conquistarla y usa todos los métodos posibles por conquistarla, no pasa nada. Y esa persona se nos desaparece y otro la conquista. Era algo muy especial que nos sucedía en ese tiempo de conquista.

Piensen en todo el ingenio que se despierta cuando alguien nos ha tocado el corazón, cuando se quiere conquistar a una persona; se hacen cosas que antes nunca se habría hecho, que nunca se habría imaginado. Se despertó un amor ingenioso, un amor que llevaba a ser galantes, obsequiosos, preocupados; no daba lo mismo vestirse o peinarse como siempre, sino que tenía que ser un vestido o un peinado especial, agradable para el otro. ¿Pero qué ha pasado después con el otro? Muchas veces se fue perdiendo ese afán; el afán de conquista fue disminuyendo en calidad y en cantidad... Se casaron y se sintieron seguros el uno del otro; y no hay que preocuparse de arreglarse, da lo mismo vestirse o peinarse igual; no hay que ser tan ordenado, tan galante, tan educado, tan amable... El ingenio para conquistar ya no se despierta porque hay tantas otras cosas que hacer... Vienen los niños, hay que preocuparse de ellos y el marido tiene que trabajar para tener el sustento necesario... ¡Y se acabó el afán de conquista, desapareció...! Y entramos en la rutina, en una vida opaca, sin mayor encanto...

A la mayoría de los matrimonios les sucede esto. Generalmente no se hace nada o muy poco para conquistar al otro siempre. A veces, lo único que nos importa es que el cónyuge haga lo que yo quiero, que acceda a mis demandas, que esto o lo otro esté listo, que la ropa esté limpia y bien planchada, que haya orden en la casa, que la comida sea la que a mí me

gusta, que los niños deben educarse de esta manera y no como el otro quiere, que tienen que llegar a tal hora, etc., etc. Y así va apareciendo la rutina y desaparece esa persona que me encantó una vez, ese tú que me importaba por sobre todo. Y ahora, lo que me importa soy yo, que yo esté bien, que yo sea escuchado, que se me sirva, que se haga lo que yo quiero y al modo como yo quiero y a mí me gusta. Y esto también tiene enormes consecuencias en la vida sexual; la otra persona debe estar a mi disposición para yo ser feliz. ¡Qué importa lo que le suceda a la otra persona! Y así nos vamos distanciando, así se va dando hasta que la felicidad se nos agota, se nos acaba. Y como no es agradable vivir así, nos distanciamos, nos vamos separando. Porque el egoísmo separa.

Estamos mostrando un panorama un tanto exagerado quizás, pero que tiene bastante realismo. Creo que es importante hacer un contraste de lo que sucedía cuando nos casamos y de nuestra realidad actual. Nosotros nos casamos para ser felices. ¿Pero qué hace que los matrimonios, en general, no sean felices? Y cuando uno se encuentra con un matrimonio feliz dice: ¡qué maravilla, qué envidia!

2. La expresión afectiva

Un segundo factor es el mundo de la expresión afectiva, de la ternura, de las caricias, del amor gratuito. ¿Qué pasaba antes, en la época del pololeo, del noviazgo? Ustedes se expresaban el cariño sensiblemente, con las expresiones más simples como tomarse de la mano, abrazarse, acariciarse el pelo, la cara, etc. Tenían una cantidad de gestos sensibles de afecto. Y es notable cómo eso se va desapareciendo de nuestra vida, cómo la vida se fue haciendo más funcional. Ya no hay esa necesidad de estar el uno junto al otro. Cuando pololeaban, trataban de acercarse lo más posible, de sentarse juntos, de tomarse la mano. Era lo normal. Y después, vemos a un matrimonio, uno por allá y el otro por el otro lado, casi como si no se conociesen. Y cuando uno ve a un matrimonio muy cariñoso, muy preocupado el uno del otro, muy amables entre ellos, uno dice: ¡Qué fantástico!

Pasa muchas veces que el cariño no se expresa y cuando algo no se expresa, termina apagándose, muriéndose. Y la persona se acostumbra a una vida donde el cariño, la ternura no está a flor de piel. Y resulta que ustedes se casaron por eso, en ese ambiente de ternura, y fue eso lo que les gustaba, lo que los hacía plenos. Y después todo ese mundo se acaba, ¿por qué? Porque vienen los niños, y toda la atención era para él, y después el trabajo nos

cansaba, y miles de cosas. Y la vida sexual se hace poco gratificante también, especialmente para la mujer. Y entonces, ¿vale la pena ese matrimonio? Por eso los matrimonios se separan, dejan de admirarse el uno al otro, dejan de conquistarse, de expresarse el amor, el cariño, la ternura, y la vida matrimonial se hace poco plena. Se va apagando, desapareciendo el encanto del mundo de la afectividad que estaba tan a flor de piel. Muchas veces, se redujo a la esfera sexual, de lo meramente genital. Y una vida sexual sin el mundo de la expresión sensible, gratuita, es totalmente destructiva. ¿Cuántas veces uno recibe esa confidencia: si se me acerca, ya sé por qué lo hace? Y eso despierta rechazo, evidentemente. Esto no hace feliz a nadie. Y, entonces, es normal que si existe este ambiente poco grato, los matrimonios no quieran estar juntos.

¿Qué hacemos nosotros? Esto es lo más importante. No se trata de indagar en las causas, en las situaciones, en los motivos. Nosotros queremos un matrimonio feliz. Y lo primero, entonces, es re-encantar ese amor, ese amor primero, ese amor que tuvimos. Tenemos que mantener vivo ese amor, y esto no sucede por arte de magia. Ningún amor se mantiene por inercia. Por inercia se acaba, se pierde. Para que el amor se mantenga vivo hay que cultivarlo, hay que re-encantarlo constantemente. ¿Qué hacemos nosotros por re-encantar ese amor?

Hemos nombrado tres etapas o situaciones en nuestra vida matrimonial: en una primera etapa, teníamos una gran admiración a nuestro cónyuge; esa persona nos cautivó. Y esa persona hacía una cantidad de cosas por cautivarnos. Vimos en ella algo hermoso, algo que nos atrajo; vimos un valor en ella. Y nos casamos con esa persona. Luego, hemos pasado por pruebas por las que tiene que pasar todo amor: de un amor primitivo, sensible, atraído por lo exterior, por la hermosura del rostro, por la voz agradable, por una figura hermosa, a un amor que fue descubriendo la riqueza interior, los valores de la persona.

Después ha ido pasando el tiempo. ¿Nos hemos dejado agobiar por los defectos que tiene esa persona, por sus fallas? ¿He aprendido a amar a esa persona en concreto? A veces nos casamos con una especie de colgador de ropa en el cual fuimos poniendo cosas, ropas y ropas y de repente esas ropas se fueron cayendo y quedó solamente el armazón, el esqueleto. ¿Y no hay algo hermoso, algo valioso en esa persona? ¿Nos hemos preocupado de ver siempre lo bueno que hay en mi cónyuge? El amor verdadero es clarividente, no es

ciego. Y ve en la otra persona virtudes y defectos, y la ama así, porque yo también tengo fallas. Y si me acepto a mí mismo, también acepto a esa persona. Hay personas que tampoco se aceptan a sí mismas y son amargadas; personas que siempre andan criticando, porque, en el fondo, no están contentas consigo mismas. El amor primitivo, el amor no clarificado es ciego, porque no ve los defectos, ve sólo las cosas buenas.

¿Por qué no nos ejercitamos en el arte de descubrir, de enaltecer, de sacar a luz lo positivo que hay en la otra persona? Ustedes no se casaron con un adefesio, con un atado de mañas, con una persona insoportable, sino con una persona humana, que tiene muchos defectos pero que también tiene muchas cualidades; que es un hijo de Dios Padre y que él se los regaló a ustedes como don.

En la charla de ayer, la Hna. M. Angélica nos decía que nosotros no tenemos que ser como los escarabajos que buscan en lo más sucio, en la mugre de la tierra. Es una existencia repelente de alguna manera. No es muy agradable andar viendo siempre lo negativo. El P. Kentenich decía que no tenemos que ser como las moscas sino como las abejas. Las moscas se paran en la suciedad; las abejas, en cambio, se paran en las flores, chupan el polen, el néctar, lo mejor de las plantas. Así tenemos que ser nosotros, ver y sacar lo mejor de la otra persona. Cada uno de nosotros tenemos algo valioso y el cónyuge es la persona que tiene que estar constantemente redescubriendo y admirando lo valioso del tú. Y expresando y diciéndole al otro lo maravilloso que es tenerlo, por esa bondad, por esa generosidad: ¡Qué bueno es que eres así, que seas generoso, que seas bondadoso! ¡Qué bueno que eres práctico, qué bueno que te preocupas de los hijos! ¡Puedes tener muchas otras cosas no tan buenas como el mal genio, el desorden, etc. pero tienes una gran bondad y paciencia!

El P. Kentenich decía que tenemos que soportar hasta por lo menos 20 mañas en el otro; y si ya supera esta cantidad... ¡es demasiado! Dejemos que el otro tenga mañas, que tenga limitaciones, pero no nos quedemos en eso. Creo que hay un arte de ser feliz, de ser realista frente a uno mismo como frente al cónyuge y frente a los hijos, por supuesto. No podemos querer solamente a los que son más dotados, más inteligentes, más simpáticos; también tenemos que querer a los más remolones, a los desordenados, a los que no son tan brillantes en el colegio. Tenemos que reconocer todo lo bueno del otro y expresarlo a la

otra persona, y no guardarlo para uno. Cuando ustedes pololeaban, era común el piropo, ¿no es cierto? El piropo es una galantería, ¿los dicen ahora? ¡Qué bien hace que a uno le reconozcan algo! Muchas veces hay cosas que no resultaron, pero que la persona las hizo con toda dedicación y buena voluntad. Y muchas veces uno de ustedes hace algo especial, pero el otro ¡ni siquiera se da cuenta! ¡Y qué decepcionante es eso! Tenemos que estar atentos a lo bueno que hay en el otro. Atentos a expresarlo y a expresar nuestra gratitud, nuestra admiración. El otro necesita y también lo necesito yo.

Si siempre vemos lo malo del otro, vamos a ser personas amargadas. Y vamos a repartir mugre por todas partes. Tenemos que hacer todo lo contrario; de esa persona que más admiramos, aunque no sea un dechado de perfección, es mi cónyuge y yo me doy cuenta quién es verdaderamente, porque la conozco más a fondo. Por eso, soy feliz. De lo contrario, no soy feliz, y tan simple como eso. Esta es una manera de vivir, un arte de vivir. ¡Qué triste es una persona que siempre ve las cosas negativas! ¡Qué amargada es! Cambiemos si nos pasa así. Y hagámoslo conscientemente. Hay personas que por temperamento son positivas. En general, nosotros los chilenos, por temperamento, somos depresivos, melancólicos para ver las cosas. Cambiemos esta actitud; es cosa de auto educación, de carácter que se puede educar; busquemos lo bueno, seamos como las abejas, y no como las moscas, como los escarabajos.

3. Conquistar siempre de nuevo al tú

En tercer lugar, conquistar siempre de nuevo. No sólo tenemos que re-encantarnos, mantener y cultivar la admiración por el tú, con expresiones y gestos de cariño, además, nunca dejar de conquistar al otro.

No podemos decir que estamos seguros, que tenemos al otro asegurado. No, nadie está asegurado. El amor es una conquista diaria; tenemos que conquistar siempre de nuevo al otro. La desgracia es cuando yo me pongo en el centro y quiero y busco que me conquisten a mí y hago todo lo posible para que el otro me conquiste y no hago nada para conquistarlo.

¿Qué hacemos nosotros para conquistar al tú? A veces llama la atención cómo una persona casada se descuida de su figura, de su apariencia externa. El P. Kentenich es bastante

realista también en estas cosas. Él dice que pertenece a la santidad matrimonial preocuparse de agradar al otro; no se puede dar por evidente agradar al otro sin hacer nada. Tenemos que hacer algo por agradar, desde las cosas exteriores como es vestirse bien, presentarse en forma agradable, hablar bien, hacer gestos agradables, etc. hasta las actitudes internas. En ese sentido, tenemos que ser ingeniosos. Normalmente, cada uno sabe lo que le agrada al otro, lo que le encanta y trata de hacer esas cosas porque quiere manifestarle su amor. No podemos dejar que el amor se nos vaya apagando. Muchas veces se escuchan quejas como: mi esposo o mi esposa no está tan atento, no llega tan temprano a la casa, se lo pasa metido en el computador, con sus amigos, en el apostolado, etc. ¿Qué hacer para reconquistar a esa persona? ¿Solamente quejarse, exigir? ¿Cuándo vas a llegar temprano, cuándo vas a dejar ese computador, cuándo vas a hacer eso? Con ello no se soluciona absolutamente nada; lo único que se consigue es espantar al otro. Así no se conquista.

Hay un arte de conquistar. Ustedes lo saben, de lo contrario no habrían conquistado a su cónyuge. Lo que pasa es que se olvida, se deja de practicar ese arte. Y es esencial practicarlo. De lo contrario, pasa lo que a todos los matrimonios que se separan: se les acaba el amor. ¿Por qué? Porque dejamos de conquistar a nuestro cónyuge, porque nos descuidamos, porque nos pusimos solamente exigentes y nos centramos sólo en nuestro yo y no en el tú; nos olvidamos de agradar al tú. ¿Le hacemos algún regalo a nuestro cónyuge? ¿Le tenemos alguna sorpresa agradable?

¿Cuándo fue la última vez que sorprendieron a su cónyuge, que llegaron con algo agradable que ni siquiera lo soñaba y le dieron una inmensa alegría? A veces pasan años, y después decimos que nuestro matrimonio es una lata. Ustedes lo hicieron latoso. El matrimonio no es algo externo a nosotros, sino que depende de nosotros que sea una lata o algo hermoso.

Se trata, entonces, de ganar a la otra persona con un amor atento, servicial, preocupado, y que requiere mucha renuncia.

4. Saber renunciar

El amor verdadero requiere saber renunciar. Tenemos que saber renunciar. Así también sucede con el amor a los hijos. Si queremos tener una buena relación con ellos, tenemos que renunciar a una buena cantidad de cosas. ¡Pero qué hermoso es cuando hay una buena relación con ellos!

No hay un amor verdadero, para siempre, un amor hermoso, sin una alta cuota de renuncia. Pero no una renuncia por la renuncia misma, una renuncia que agobia, sino que es una renuncia por amor. Cuando renunciamos por nuestros hijos, cuando realmente los queremos, están las renunciaciones, las cruces, pero no pesan tanto porque son por amor, si es que nosotros realmente queremos a nuestros hijos. Uno tiene una capacidad enorme para la renuncia cuando uno ama de verdad. No nos quedemos en lo difícil de la renuncia, sino en la motivación, en el amor.

Por lo tanto, no nos quedemos sin hacer nada por conquistar al otro y solamente en pedir y exigir del otro, reclamando por todo y por nada.

En esto, las cosas se deciden en los detalles: el regalo de una flor, de un chocolate, y no en el regalo de una lavadora, de un auto último modelo, de una plancha... Lo que esperamos son otras cosas: como ser gentil, atento, servicial, amable, no dejar botado algo, no ser desordenado, ser galantes, ser amables, finos, etc. ¡Cosas tan simples como éstas pero qué importantes son! En estos detalles se decide muchas veces la felicidad de un matrimonio. Y las expresiones gratuitas del amor, las caricias, los gestos, no son algo secundario en la conquista del tú.

A veces se piensa que el amor es voluntad, es entrega. Pero es una entrega a alguien de carne y hueso que necesita de la caricia, que necesita de la muestra afectiva, que no puede vivir sin caricias. Un niño no puede vivir sin caricias, se muere. Algo semejante pasa en el matrimonio con la esposa, con el esposo.

Si hay algo que se descuidó en la ascética tradicional, porque estaba orientada hacia la persona célibe, era el mundo de la caricia. El ideal de santidad era ese ideal, pero no el otro ideal de santidad de la persona casada, que quiere con toda el alma, con todo el cuerpo, con todo su ser, su ser sensible, que expresa su amor, por definición en el matrimonio, en forma sensible. En la expresión sensible está comprendido el amor sexual, que es un amor

sensible, que está dentro de ese orden. A veces se reduce la expresión sensible sólo a lo sexual-genital. Ciertamente si abrazo, si beso a una persona, no tiene nada de sexual; si abrazamos a nuestros hijos y lo "comemos a besos", no es sexual. Es una expresión humana de cariño. Pensemos, por ejemplo, en el Papa Juan Pablo II y todos sus gestos de cariño; ¡qué expresivo es el Papa en su amor, cuando recibe un regalo, cuando abraza a una persona, a un niño! No tiene nada que ver con el mundo sexual.

Este mundo de las caricias, de los gestos sensibles está tremendamente descuidado en la vida matrimonial. Los hijos, trabajo y punto. Todo el espacio intermedio desaparece y por eso es imposible que un matrimonio sea feliz.

Aquí hay algo que es muy importante de tomar conciencia. La sexualidad del hombre y de la mujer son muy diversas. Normalmente, el hombre tiene la sexualidad más a flor de piel, más genital. La mujer es siempre más totalizante para todas sus expresiones. En la juventud, muchas veces, el hombre practica solamente una autosatisfacción para lo cual "se sirve" de la otra persona. Y desgraciadamente, esto se hace hábito que muchas veces se traslada al matrimonio. Por eso, una gran mayoría de mujeres es infeliz en el campo de la sexualidad, porque la mujer necesita de las caricias, la gratuidad del cariño, la ternura. Y el hombre no se ha educado para esto.

Todo lo que hablamos no es nada de secundario. ¿Cómo están las expresiones de cariño entre ustedes? ¿Se expresan el cariño? ¿Lo expresan sensiblemente? A veces tan sólo es una mirada de cariño; hay miradas que matan, que liquidan a otro; miradas de odio... A veces tan sólo una palabra de amor, de cariño, enaltecidas, como son los piropos; hay palabras venenosas, hirientes, que liquidan a la otra persona...

Tenemos que cultivar el mundo de la caricia en toda su amplitud, para expresarnos nuestra afectividad, nuestro cariño. La postura corporal, una mirada, un pequeño gesto, tomarse la mano, poner el brazo sobre los hombros, etc. Hay miles de gestos. Hay un libro que se llama *Abrázame*, y que se refiere a la terapia del abrazo. Es muy interesante; es de una psicóloga que describe en forma muy gráfica todas las expresiones de cariño; expresiones sanas, puras, santas. Esa es la santidad matrimonial: agradar al otro. El otro está primero que yo.

Tenemos que iniciar, desde muy abajo, otro tipo de conquista de una santidad matrimonial. Es otro tipo de santidad. A un monje se le pedirá que se levante a las cuatro de la mañana para rezar los Maitines. A los matrimonios no se les pide esto, pero sí se les pide otras cosas que requieren también sacrificio. Porque es más cómodo rellenarse en un sillón y exigir y pedir, que se preocupen de él, que preocuparse del otro, de hacerle agradable y hermosa la vida.

La felicidad matrimonial es fácil ¿no es cierto? Pero es tremendamente exigente. Delicadeza, pequeñas atenciones, pequeños regalos, caricias gratuitas. Tenemos que acabar de raíz con esa relación fría, funcional, impersonal.

5. Capacidad para enfrentar y solucionar conflictos y problemas

Otra clave para tener un matrimonio plenamente feliz es la capacidad para enfrentar y solucionar los conflictos y problemas que normalmente tiene toda vida matrimonial. Si ustedes no tuvieran conflictos, no serían de esta tierra; serían extraterrestres. Donde hay una comunidad, donde hay dos personas, 3, 20 personas, hay conflictos. Y los conflictos mayores, en general, no se tienen con otras personas, sino en la casa, con aquellas personas que tenemos más cerca, más próximas. Ahí están los mayores conflictos normalmente. Sería utópico pensar que tendremos una vida sin problemas.

Yo conozco algunos matrimonios que tienen muy pocos conflictos, super pocos. Dios se preocupa que tengan problemas en otros lados; en su mundo del trabajo, en los negocios. Pero es muy extraño que sean personas muy armónicas, sin fricciones entre ellos dos. Recuerdo, cierta vez, que un matrimonio daba testimonio de su vida matrimonial en una jornada; yo estaba sentado atrás y junto a mí había un matrimonio que estaba escuchando y el marido se volvió a mí y me dijo: "Padre, no les creo nada". Yo le dije: "En realidad, yo les creo porque los conozco, son así". Pero es algo extraño, son una excepción estos matrimonios. El matrimonio que no tenga conflictos tiene que dar gracias a Dios, porque es un regalo especial de Dios; no es lo normal. Dios quiere privarlos de estos conflictos, porque les va a exigir algo difícil en otros campos.

5.1. Areas de conflictos

- ***La psicología propia, el carácter, el temperamento:***

Normalmente los matrimonios tienen conflictos por muchas razones evidentes. Por de pronto, somos dos personas distintas, con distintos caracteres, con distintos temperamentos. Esto ya produce una cantidad de conflictos: uno es aprehensivo, reservado, el otro es hablador, expresivo. Y esto crea conflictos. Uno es ordenado, el otro gran desordenado, y esto también produce conflictos. La psicología del hombre y la de la mujer son muy diversas; el hombre es de esta manera, y la mujer de esta otra, y es muy difícil cambiar a estas personas. La mujer es sensible, es subjetiva, más expresiva; el hombre es más objetivo, más racional, más cerrado. Son naturalezas distintas que, evidentemente, se pueden educar, pero "no podemos pedir peras al olmo". La gracia está en aceptar al otro y en complementarse. Pero si no aceptamos estas diferencias y no procuramos que se potencien, entonces la bomba explota.

Hay muchas áreas de conflictos por nuestro temperamento, por nuestra psicología propia.

- ***Las familias de origen***

Cada uno de los cónyuges viene de familias distintas, con costumbres y tradiciones propias, distintas. Y cuando uno quiere hacer las cosas así, y el otro de otra forma, como se hacían en su familia, empiezan los conflictos: que tú te preocupas de tu mamá, y tú, de tu papá, y no de mí, de mis hijos; y tu familia es así y asá, etc.

- ***El dinero***

Pensemos lo que significan los conflictos en este campo. Uno puede ser muy apretado y ordenado en su dinero, y el otro extremadamente gastador y desordenado en sus finanzas. Hay un mundo de conflictos en el campo de las finanzas y muy grande. ¿Cómo manejamos el dinero, qué es lo que corresponde? La mayoría de las personas pelean por esto.

- ***En el campo de la educación de los hijos***

Cómo educar a los hijos; uno es consentidor, el otro es exigente. Uno es permisivo, el otro es autoritario.

- ***En el campo de la sexualidad***

¡Cuántos conflictos hay en este campo! Ya hemos visto algo. A veces, desde el primer día del matrimonio. Y estos conflictos siguen penando después, porque no se solucionan a tiempo. Conflictos que aparecen de repente, porque cada etapa de la vida tiene conflictos diferentes. Durante el primer año de matrimonio se dan conflictos que son diferentes a los que se dan cuando los hijos están creciendo, y cuando están en la adolescencia, cuando se empiezan a quedar solos y a salir solos. Hay toda una gama de transformaciones en el mundo de la sexualidad, y que muchas veces no se enfrentan. Cada edad requiere de soluciones diferentes, porque aparecen cosas que no se daban antes, en las etapas anteriores.

5.2. *Cómo enfrentar los conflictos:*

¿Enfrentamos estos conflictos? ¿Cómo los enfrentamos? Si no los enfrentamos, van a explotar. Por no molestar al otro, por miedo a que el otro reaccione de tal forma, se quedan callados y no se hablan; se tragan las cosas y de tanto tragar y tragar estas situaciones, explotan. No se puede pasar tragando problemas toda la vida. Hay miles de reacciones explosivas, violentas que no se explican, pero que son acumulaciones de problemas y de situaciones de muchos años, que no se enfrentaron a tiempo y no se conversaron, por una paz o tranquilidad aparente, mal entendida.

- ***Enfrentar los conflictos en el momento oportuno***

Muchas veces los conflictos son una bomba de tiempo que estalla cuando menos se piensa. O muchas veces, los conflictos se enfrentan en momentos inadecuados, poco propicios, inoportunos. Si están indignados, a punto de explotar, no pueden pretender solucionar un conflicto. Lo único que cabe es esperar a estar tranquilos, para evitar insultarse, gritarse, faltarle el respeto, decirse cosas de las cuales se arrepentirán... Uno de los dos, que tenga la cabeza más fría, tiene que tratar de calmar. "Cuando un gallo no hace pelea, no hay pelea"; lo fregado es cuando los dos se enfrentan.

Muchas veces, los conflictos se enfrentan mal, en un mal momento. O se abordan con una actitud errada. Si tengo una actitud de "Jalisco nunca pierde", de tener siempre la razón y que sea el otro quien ceda, quien reconoce, que sea quien se humille, los conflictos no se resuelven. Y no puedo rezar el Padrenuestro: perdona mis ofensas como yo perdono... Los

conflictos no se enfrentan generalmente con una actitud humanamente sana, ni menos con una actitud cristiana. Si no estamos dispuestos a escuchar, a reconocer la verdad del otro, sino simplemente la propia verdad, lo que yo pienso, los conflictos no se resuelven. Y la otra persona se anula y, como consecuencia, o sucumbe o explota. Y llega el momento en que tira todo por la borda. Y va a estar extremadamente sensible ante cualquier persona que le demuestre algo de cariño, de comprensión.

- ***Cómo abordar los conflictos***

¿Con qué actitud abordamos nosotros los conflictos? Cuando las cosas son graves, hay que buscar una ayuda; buscar alguien que nos ayude a objetivarlos, a mirar las cosas con distancia, desde otro punto de vista; alguien que nos merezca confianza y que nos ayude a salir del entuerto. A veces estamos cerrados a esta solución.

¿Cómo tenemos que abordar los conflictos?

- *Primero, revisar la actitud que tenemos.* ¿Es mi actitud la correcta para enfrentar las desavenencias, los problemas, los conflictos que aparecen en mi matrimonio, en un hijo, en el trabajo? ¿Con qué actitud enfrento yo a mi cónyuge? ¿Estoy dispuesto a escuchar, o mejor dicho, a tratar de comprender lo que el otro me quiere decir, me está tratando de decir? ¿Soy capaz de intuir la verdad que hay detrás de lo que me está diciendo, quizás en mala forma o no adecuadamente? Esto pasa mucho a la mujer; porque la mujer es más global y le cuesta analizar y separar las cosas. Siente algo, pero le cuesta expresarlo y tiene que hacer un esfuerzo por clarificarse. Pero el varón tiene que hacer un esfuerzo para comprender lo que ella siente, porque es muy distinto a lo que siente él, porque ambos tienen psicologías diferentes.
- *Ponerse en los zapatos del otro:* Hay que ponerse en los zapatos del otro, en el pellejo ajeno. Esto requiere una actitud de comprensión, de querer escuchar ante todo y no sólo defender mi punto de vista. Es un arte. Suponemos que hemos encontrado un momento adecuado, y no cuando estamos por explotar. En el Movimiento aconsejamos dejarse un tiempo para una revisión, por lo menos una vez al mes. Tenemos que tratar de entender lo que la otra persona nos quiere decir y constatar si lo que entendimos es lo que ella nos quiere decir; tenemos que esperar que nos diga si es verdad lo que nosotros

entendimos. Y mientras no tenemos su respuesta, no podemos entrar a solucionar el conflicto. Es una técnica. De lo contrario, habla una sola persona y no escucha.

- *Autodominio:* Lo anterior requiere un autodominio y tener conciencia de algo que es muy importante: fuimos creados por Dios para querernos, para aceptarnos, para complementarnos, para ser felices juntos. Si tenemos diferencias, Dios las permite para que nos enriquezcamos mutuamente, para complementarnos, para que nos corriamos mutuamente. Tenemos que corregirnos, pero con cariño.
- *Estar abiertos a escuchar:* Tenemos que estar abiertos a escuchar, a conversar, a intercambiar, a dialogar, con tranquilidad. Para discutir, el matrimonio se toma de la mano, como expresión de unidad a pesar de todas las divergencias, de las discusiones. Porque el Señor nos unió y con él seremos capaces de solucionar nuestros conflictos. Si no somos capaces de solucionar nuestros conflictos ahora, en este momento, podremos intentarlo al día siguiente, o en un mes más. Pero no vamos a cejar hasta que nuestros conflictos estén solucionados.
- *Actitud de perdón, de humildad:* No hay solución posible de conflicto sin humildad. Sin voluntad de perdonar realmente al tú, cuando ha hecho algo negativo. Nosotros no somos santos canonizados. Estamos en camino a la santidad. Qué liberador es reconocer el error, y qué libertador es perdonar y no siempre querer salir con la suya. ¿Cuántas veces tengo que perdonar a mi prójimo? Lo conocemos demás: setenta veces siete! ¡Es decir, siempre! Este es el sentido del sacramento de la reconciliación. El Señor sabe que nos dejó con defectos, con errores, con debilidades; él nos quiere así. Si nos hubiera querido perfectos, nos hubiese hecho distintos. Hizo perfecto a Adán y Eva y no le fue bien. A nosotros nos dejó bastante imperfectos para que aprendiésemos con humildad a recibir el tipo de amor que él nos regala: un amor misericordioso ante nuestras debilidades, un amor de perdón. Y esto tenemos que ser nosotros en el ámbito más íntimo de nuestra relación conyugal.
- *Contar con la gracia de Dios:* Todo esto requiere también santidad, requiere estar en Dios. Por eso, ¡qué difícil resulta para un matrimonio que no tiene a Dios, salir adelante y sea verdaderamente feliz y sea para siempre!

- *Rezar*: Hay cosas que no podemos solucionar de una vez. Esto significa que tenemos que seguir trabajando. Y en primer lugar, debemos rezar para pedir la luz del Espíritu Santo. Es él quien nos ayuda a entendernos, a comprendernos, así como él nos ayuda a comprender al Señor, sus actuaciones. "Yo les enviaré el Espíritu Santo. Él les dará a conocer todo lo que les he enseñado", nos dice el Señor. Esta es la labor que realiza el Espíritu Santo en el matrimonio, entre los esposos. Por eso, tenemos que implorar y pedir el Espíritu Santo que podamos comprendernos mutuamente, entendernos profundamente, saber lo que Dios nos pide a través del cónyuge. Tenemos que rezar para tranquilizarnos, para purificarnos del egoísmo. Acercarnos a Dios a través de los sacramentos de la Comunión y de la penitencia. Tenemos que purificarnos del egoísmo, de aristas, de tantas cosas que nos impiden un mejor trato mutuo, una mayor comprensión mutua. Si no rezamos, será muy difícil que nos entendamos.

Y no se trata de que el otro rece, que él otro crezca; no, yo en primer lugar. Yo tengo que rezar más, yo tengo que estar más en Dios; yo tengo que ser más santo y así nuestra relación será mejor y será más hermosa.

- *Recurrir a otra persona*. A veces tendremos que pedir un consejo, a un sacerdote, a la Hermana, a un psicólogo bien recomendado. Normalmente, son pocas estas veces. Normalmente, nosotros tenemos todas las armas en la mano pero no sabemos usarlas. Usamos las armas mortíferas, pero no las salvíficas. A veces tenemos que pedir ayuda porque hay traumas que se arrastran por tiempo. Y sucede que si una persona tuvo una caída, perdonar esa falta es difícil y puede quedar un rencor que no se puede sacar de encima, quizás por algo que sucedió en la niñez, en el propio hogar y quedan traumas que marcan para toda la vida y aparecen los celos tremendos... Entonces hay que pedir ayuda que permita superar esos traumas.

Conclusión

Todo este conjunto de cosas, de claves, de ayudas, hace que nosotros podamos ser verdaderamente un matrimonio feliz y para siempre. Es algo que tenemos que trabajar, un matrimonio que tiene que crecer en un camino de santidad matrimonial. Dios les va a pedir cuenta no por el apostolado que hicieron en el Movimiento, en las parroquias, por las obras que hicieron, sino, en primer lugar por el amor al prójimo, a la persona más próxima que

tenían, a su cónyuge. ¿Cómo lo amaron? Este va a ser el examen. Y luego, si amaron a sus hijos, si se entregaron a ellos con amor, si se sacrificaron por sus hijos. Después, por los parientes, los amigos, los conocidos, etc. Pero el examen real empezará por el matrimonio, porque ¿cómo puedes decir que amas a Dios a quien no ves, y no amas a tu prójimo a quien ves? ¿A quien está a tu lado, a esa persona con quien duermes? ¿Cómo dices que amas a Dios si no amas a tu prójimo más "próximo"? No me hables de tu piedad, de tus rezos, de tu apostolado, si no amas a quien tienes a tu lado.

Por eso, construyamos un matrimonio santo en el cual yo y tú tenemos que dar mucho; con un arma grande que se llama *sacramento*, que nos asegura, nos garantiza que es posible un matrimonio feliz y para siempre; que la gracia de Dios nunca nos va a faltar, sea cual sea nuestro estado actual, nuestra realidad actual, sean cuales sean las crisis que hayamos tenidos. Siempre vamos a salir adelante. ¿Por qué? Porque hemos recibido una gracia que, si cooperamos con ella, nos garantiza que siempre vamos a estar unidos y felices. No sin problemas ni dificultades. Nadie nos garantiza que no los tengamos: muchos, pocos, grandes. Eso depende del camino de cada uno, de lo que Dios nos tiene previsto. Si hay dificultades, con la ayuda de la gracia, las sabremos aprovechar para crecer. El P. Kentenich decía: "Las piedras que nos lanzaron para destruirnos, nosotros las hemos usado como peldaños para subir más alto". Nunca nos va a faltar la gracia.

Nosotros, los schoenstattianos, tenemos una fuente tremenda de gracias: *El Santuario*. Allí se nos dan las gracias del cobijamiento del uno en el otro, la gracia de la transformación, del crecimiento mutuo como matrimonio, la gracia de la fecundidad apostólica de irradiar una felicidad que tanto hace falta.